

ciguar ciertas disensiones, que acarrearán á la ciudad escándalo público.

El P. Juan Antonio Grassi, hablando de las relaciones del Siervo de Dios con los príncipes Spada¹, dice: «Causó alguna maravilla ver al Siervo de Dios frecuentar el trato con la princesa Spada, en cuya casa se reunía cuanto de más distinguido se hallaba en Bolonia; mas en el decurso del tiempo se vino á descubrir el motivo que le impulsaba á hacerlo, mayormente cuando entraron en Bolonia los revolucionarios franceses: pues se vio que no era otro que el de ser útil á sus hermanos.»

Una de sus más favoritas distracciones, al interrumpir los estudios serios, eran las bellas artes, en especial la pintura. «Encuentro memoria,» dice el P. Boero², «que en la pintura aprovechó notablemente: y tanto, que á más de tener noticia de los pintores más famosos, así antiguos como modernos, sabía distinguir por sus obras á qué escuela pertenecían y el orden de mérito á que en ella eran acreedores: y cuando se ofrecía dar su parecer, lo tenían por respetable y autorizado los mismos profesores y peritos en el arte.»

Desde el momento en que se vio el P. José favorecido con la amistad de todas las clases distinguidas de Bolonia y de lo mejor de su nobleza, no pensó en otra cosa que en aprovecharse del ascendiente que tenía en la ciudad para socorrer á sus hermanos los ex-jesuitas. Dos cosas le lastimaban el corazón respecto de estos desgraciados: la una era el estado de miseria en que yacían la mayor parte de ellos, principalmente los ancianos, después de consagrar una vida llena de afanes al bien de los prójimos y á la propagación de la fe entre gentiles: la otra era la ociosidad, á que se veía condenada aquella pléyade de jóvenes activos, á quienes no se permitía ni predicar, ni confesar, ni enseñar, ni ejercer otro alguno de los ministerios propios del instituto á que habían pertenecido. Veamos cómo se desvivió en

¹ *Process. Rom.*, fol. 936.

² *Loc. cit.*

aplicar el conveniente remedio á cada uno de estos dos males, y en primer lugar cuán fervorosa y solícita caridad demostró en favorecer á sus hermanos dispersos.

Estaban, como se ha dicho, en Bolonia los Padres de las Provincias de Castilla y parte de la de Méjico; y suprimida la orden, casi todos permanecieron allí. Algunos tenían con qué vivir, gracias á la generosidad de sus parientes y amigos; pero otros con la sola pensión que les pasaba el rey de España vivían con estrechez y sujetos á mil privaciones. Y esto era tanto así, que muchos de ellos se cargaron de deudas que no podían satisfacer: y reclamando los acreedores, se dio orden de Madrid á los comisarios, que al entregar la pensión á los adeudados, se les sustrajese la tercera parte de ella para cubrir sus deudas: con esto se les reducía á una situación verdaderamente insostenible¹.

Velaba siempre el Siervo de Dios para descubrir las necesidades de estos pobres, y empleaba con liberalidad en sostenerlos las grandes sumas que de sus hermanos, mayormente D. Ramon, y de su hermana, la condesa de la Acerra, le llegaban: así que todos le miraban como á padre común, y en sus necesidades acudían á él, seguros de hallar propicio su corazón y pronto el remedio. Uno de ellos, como al morir no tuviese con qué satisfacer á sus acreedores, instituyó heredero al P. José, el cual aceptó gustoso, y satisfizo todas sus deudas.

Con los enfermos mayormente, de espíritu, era todo entrañas de caridad. Iba en busca de ellos sin ser llamado, y se informaba muy por menudo de su necesidad para remediarla. Supo en cierta ocasión que un amigo suyo estaba sumido en un mar de melancolía y de tristeza por cierto accidente imprevisto: voló á socorrerle, estuvo á su lado dos días y dos noches derramando en su alma el bálsamo de dulces palabras, y no se apartó de él hasta que le vio serenado y tranquilo. Así que con toda certeza se puede asegurar lo que atestigua haber oído decir á los Padres

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 9, pág. 451.

españoles el H. Santiago Annoni, es á saber, que «la principal ocupacion [del P. Pignatelli en Bolonia] fue aliviar á sus hermanos¹.»

Para que el ocio no los pusiera en peligro, y una moderada ocupacion les sirviese de solaz y de alivio á sus penas, les proponía su ejemplo, inculcándoles el estudio, y excitándoles á que se aventajaran en las artes y ciencias; y para esto á todos abría su biblioteca, y los ayudaba cuando era menester con sumas cuantiosas para la impresion de sus libros. Incitaba en particular á los misioneros de América á que escribiesen la historia de sus misiones; y más de una efectivamente vio la luz pública por su cooperacion y eficacia. Él por su parte trabajaba sin cesar en recoger memorias y manuscritos útiles para la historia de la Compañía, que tanto le interesaba; y pudo acotar un gran número de ellas, particularmente de las que tenían relacion con los últimos acontecimientos.

Para gozar de más prestigio á favor de sus hermanos, no dejaba el Siervo de Dios perder ocasion de aparecer lo que era. Óigase cómo refiere el P. Luengo² lo que hizo con Moñino al dirigirse este á España: «Otros dos jesuítas por lo menos han visitado,» dice, «al Sr. Moñino; y son D. Joseph Pignatelli, hermano del conde de Fuentes, y un Heredia³, que tiene un hermano secretario de Embajada en París, y ambos son aragoneses. Les recibió el Ministro con agrado y buen modo; y esto dio ánimo al Rector del colegio [de San Clemente, de los españoles, en donde se apeó], para preguntarle si había algun inconveniente en que aquellos señores ex-jesuítas se quedasen á comer en su compañía; y habiendo respondido Moñino que no había ninguno, comieron efectivamente con él Heredia y Pignatelli. Ya se ve,» continúa, «que nada pierde Moñino en comer á una mesa con

¹ *Process. Parm.*, fol. 744.

² *Diario*, Tomo 11, pág. 18. Día 4 de Enero de 1777.

³ El P. Francisco Xavier Heredia, natural de Graus, en Aragon, nació el 22 de Abril de 1735; entró en la Compañía en 20 de Octubre de 1751, y murió en Roma el 13 de Febrero de 1810.

un D. José Pignatelli, que en nobleza y en lustre de la familia no cede á las casas más distinguidas de España, de Italia y de otros países..... Con todo no ha dejado de causar alguna maravilla, que haya tenido la bondad y dignacion de que dos de ellos [de los ex-jesuítas] se sienten á su mesa.»

Lo que más le animaba á no dejar de la mano la noble tarea de recoger las noticias todas referentes á la extincion de la Compañía y en particular al destierro de España, y de las misiones ultramarinas, era la esperanza segura que tenía de que la tormenta había de calmar, y sucedería la bonanza con grande gloria de la Compañía. Y no le faltaban á la verdad fundamentos sólidos en que apoyar sus esperanzas: porque los sucesos favorables á la extinguida religion se iban multiplicando, y dejaban entrever una restauracion no lejana, á no torcer su curso una fuerza oculta, ya que no podía del todo impedir que se realizasen.

El Pontífice Pío VI deseaba reparar las injurias hechas á la faz del mundo á la Compañía, y devolver á los fieles sus celosos pastores y á la juventud sus antiguos maestros. En el principio de su pontificado aprobó la conducta de los Padres de Rusia, y los tranquilizó desvaneciendo los temores en que vivían de escandalizar al pueblo cristiano con su aparente desobediencia al Romano Pontífice, que los enemigos de la Compañía calificaban de abierta rebelion y de cisma. Y como el P. Czerniewicz le pidiese facultad para admitir en la Compañía algunos Padres polacos, que deseaban incorporarse en ella, respondióle en 13 de Enero de 1776 por medio del cardenal Rezzónico, secretario de los memoriales, concediéndole la facultad que le pedía, con aquellas palabras: «Feliz resultado de tu peticion, como yo auguro y tú deseas;» advirtiéndole que bastaban estas frases tan lacónicas, pues no le era posible ser más explícito¹.

Tan faustas noticias, aunque transcendían no poco desfigu-

¹ *Precum tuarum, ut auguro et exoptas, felix exitus.* ZALENSKI, *Los Jesuítas de la Rusia Blanca*, Tomo I, Lib. III, Cap. 1.

radas al público, corrían por Italia y aun por toda Europa: ellas eran las que daban aliento al P. José para sostener á sus hermanos con halagüeñas esperanzas¹. No se le ocultaba, es verdad, que los agentes del rey de España hacían esfuerzos inauditos para impedir que el Soberano Pontífice alentase á los jesuítas rusos; y que no contentos con esto, trabajaban por obtener una Bula de extincion de mayor eficacia que el Breve de Clemente XIV, ó por lo menos una confirmacion de aquel Breve; pero conocía tambien cuán difícil era su pretension: y el descontento y zozobra que en el exterior mostraban los diplomáticos españoles, le daban á entender que sus intrigas y manejos en Roma distaban mucho de obtener el resultado que ellos pretendían, y que su causa no navegaba con rumbo tan próspero como en los años anteriores. Cuán en lo cierto estuviese y cuán acertadamente interpretase la verdad de los sucesos que se iban verificando, lo demostrarán documentos, cuya autenticidad no es lícito poner en duda.

En 15 de Marzo de 1777 escribía Azara: «La confirmacion de la extincion sería un abismo de miserias..... Basta considerar que nada desea tanto el Papa como hacer esta confirmacion: me lo ha confesado; pero añadiendo que no la puede hacer en conciencia sin oír á los jesuítas y examinar su instituto y vidas, etc.» Es evidente que el abismo de miserias, en que se había de convertir la confirmacion solicitada, no era de miserias para los jesuítas, quienes por una parte estaban ya reducidos á la extrema; y por otra, hubiera bastado ser posible reducirlos á otras mayores, para que sus enemigos hubiesen trabajado sin cesar por arrastrarlos á ellas, como habían hecho hasta ahora.

¿Para quiénes, pues, era aquel abismo de miserias, sino para los ministros de Carlos III y sus cómplices en sorprender y en-

¹ Alarmado D' Alembert, escribía á Voltaire en 23 de Junio de 1777: «La razon está perdida, si el ejército enemigo gana esta batalla.» En esta misma carta incluye el plan de varios escritos que pensaba publicar á fin de persuadir á los ministros, que Francia y el rey estaban perdidos, si se restableciera la Compañía.

gañar tan villanamente al monarca é inducirle á cometer tamaña iniquidad? Si al oír á los jesuítas, como exigía Pío VI, se hubiese presentado algun documento auténtico, en que se revelaran los planes de abolir el gobierno monárquico, forjados por aquellos ministros desleales, que tan celosos se mostraban de las regias prerrogativas, ¿qué hubiera sido de todos ellos, una vez descubierta su trama? Bien pudiera suceder que alguno de los iniciados en los execrables misterios de la masonería, sea para acallar los remordimientos de su conciencia, sea por vengarse de algun enemigo particular, hubiese hecho en España lo que con mucho menor motivo, y no sin grave riesgo, hizo el oidor Galvan en Filipinas.

Este sí que fuera un verdadero «abismo de miserias» para cuantos en Portugal, en Francia y mayormente en España fulminaron los rayos contra el árbol fructífero, mientras perdonaban, y aun regaban, á los que tan venenosos frutos producían, engañando así miserablemente á la humanidad. Con razon afirma Azara que «podría componer un libro de reflexiones contra esta idea:» y aunque lo principal lo dice en la carta de oficio, pero confiesa «que ha sudado para hacerla:» y no dejarían de sudar los que en Madrid leyeron su contenido, en vista de los males que les debía acarrear el exámen exigido por el Papa ántes de proceder á la confirmacion, y de lo inútil de sus hercúleos esfuerzos para destruir la Compañía: la cual, á pesar de todas sus maquinaciones y todas sus calumnias y todas sus injustas violencias, conservaba un resto de vida, que iba comunicándose paulatinamente á sus miembros, y hacía prever que llegaría en breve á infundir vigoroso espíritu á todo el cuerpo.

Muy inseguros y temerosos se hallaban los complicados en tan indignas maniobras; mientras que para las inocentes víctimas de la iniquidad se iban realizando sucesos, que fortalecían sus esperanzas y les comunicaban grande aliento. En 17 de Abril escribía el mismo autor: «Los jesuítas cada día más insolentes: ya solo les faltaba una mutacion en España para acabar de triunfar.» En las cuales palabras confiesa que habían empe-

zado á triunfar, y que continuaban triunfando, y que para acabar de triunfar del todo, solo faltaba una mutacion en España, esto es, un cambio ó de soberano, que no hubiese sido víctima de sus traiciones, como Carlos III, ó de un ministro desleal en otro fiel, que con fáciles y evidentes argumentos abriera los ojos al monarca, para que cayese en la cuenta de cuán torpemente engañado le traían los traidores ministros que desde Esquilache le rodeaban. Por dicha de Azara y de sus compañeros tal mutacion no tuvo lugar en España; pero no escasearon nuevos desengaños, que les hicieron comprender que la Providencia se burlaba de sus amaños é intrigas.

CAPÍTULO III

Proceso de Pombal. — Esfuerzos de los ministros de España para que no se instruya. — Su inutilidad. — Esperanzas de los jesuítas. — Medidas del gobierno español contra ellos. — Principios de un noviciado en Rusia. — Temores y prenuncios de Azara. — Facúltase en Italia á los jesuítas para ejercitar los ministerios. — Rescripto del Papa á favor de los jesuítas de Colonia. — El *Decreto formidable*. — Prodigalidades del P. Nicolás. — Enfermedad del P. José. — Encárgase de la tutoría de Nicolás. — Resentimiento de este. — El duque de Villahermosa embajador en Turin. — Terremotos en Bolognia. — Los PP. Pignatelli en las cortes de Parma y de Cerdeña. — El P. José y sus sobrinos los duques. — Vuelta de los Padres á Bolognia. — Obséquianlos los príncipes Spada.

1777 — 1779

El primer contratiempo, y el que sin duda puso en mayor aprieto á los ministros españoles, fue lo que sucedía en Portugal. Murió en Febrero de este año de 1777 el rey José I, á cuya sombra el marqués de Pombal había ejecutado contra los nobles y los jesuítas aquellas monstruosas é inauditas crueldades, que se harían increíbles, á no constar evidentemente por la historia. Toda la nacion esperaba este momento para ver arrojado del poder y de la corte aquel Neron de los tiempos modernos. D.^a María, hija de José I, ayudada de su tío Carlos III, sucedió á su padre en el trono, y casó con su tío paterno don